

Cuando el ejército se vió fuera del peñascoso camino y descendió á la llanura, los soldados alzaron los ojos al cielo y bendijeron á Dios por haberles conservado la vida (1). Poco les duró el placer y la alegría. En los momentos en que esperaban llegar á descansar de sus fatigas á una poblacion llamada Tenciz, se encontraron detenidos por un caudaloso rio que, aumentado su caudal con las fuertes lluvias, corria con ímpetu terrible, formando un ruido espantoso, «que bien se oia», dice el soldado cronista, «á dos leguas.»

Los soldados se dirigieron por diversos puntos á ver si conseguian encontrar vado para pasarlo. Despues de haber recorrido por largo tiempo la orilla, se encontró uno, cuya vista sorprendente causó singular asombro en todos. «Era, dice Cortés, el vado mas maravilloso que hasta hoy se ha oido ni se puede pensar». Con efecto, el paso que presentaba era imponente y admirable. El impetuoso rio se extendia por aquel sitio mas de dos millas. Cobraba esta anchura, á causa de que encontraba al paso enormes peñascos que se abrian á trechos, por aquella parte, hasta la distancia dicha, pasando el agua con ímpetu extraordinario por los espacios que quedaban de una á otra peña, «la cosa mas espantosa de recia que puede ser», dice el conquistador. Era el único sitio que presentaba algun medio, aunque peligroso, para cruzar á la orilla opuesta. Hernan Cortés mandó cortar altos y robustos árboles, y atravesándolos de una peña á otra, formó un puente, en cuya construccion transcurrieron tres dias. Terminado el

(1) «Y dimos muchas gracias y loores á Dios.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

rústico puente, empezaron á pasar por él los soldados, con bastante peligro, asidos de unos bejucos, que tambien se ataron de una parte á otra. El menor descuido, el resbalon mas ligero, bastaba para que se cayese al abismo y ser arrebatado por la corriente. Pasaban de veinte estos pasos, que formaban otros tantos puentes sucesivos. Dos dias tardó en pasar por ellos. Los caballos pasaron á nado, un poco mas abajo, en donde la corriente era menos impetuosa. Por mucho tiempo se conservaron los árboles colocados sobre las rocas, siendo conocida esta obra, lo mismo que las demás que en ese viaje hemos visto construir al conquistador para cruzar rios y pantanos, con el nombre de *Los puentes de Cortés*.

Pasado el rio, los soldados apresuraron el paso para llegar pronto á la poblacion de Tenciz, que tenian á la vista. Allí esperaban siquiera encontrar maíz para recobrar las fuerzas. Triste fué el desengaño que alcanzaron al penetrar en sus calles. Los habitantes habian huido del pueblo llevándose todo lo que en él habia. El hambre del ejército habia llegado al mayor extremo. Los soldados salieron en varias direcciones para buscar víveres en los alrededores. Nada; no encontraron cosa ninguna que pudiese servir de alimento, ni consiguieron hallar persona alguna que les indicase el sitio á donde seria conveniente dirigirse. La angustia de los expedicionarios fué imponderable. La necesidad era apremiante; el hambre habia llegado al último extremo, y nadie pensaba en otra cosa que en el alimento. «Yo digo», exclama Bernal Diaz, «que verdaderamente nunca habia sentido tanto dolor en mi corazon como entonces, viendo que no tenia de comer

ni qué dar á mi gente.» Era la víspera de la Pascua de Resurreccion de 1525, dia que quedó grabado en la memoria del ejército entero por la horrible situacion en que se hallaba (1). La gente se dirigia hambrienta y sin fuerzas á comer raíces. Todos anhelaban un poco de maíz como el bien supremo, como la mayor felicidad á que podia aspirar el hombre. «Y esto era, dice el sincero soldado cronista, víspera de Pascua de Resurreccion de nuestro Salvador Jesucristo. Miren los lectores qué Pascua podíamos tener sin comer, que con maíz fuéramos muy contentos.»

La situacion no podia ser mas afflictiva. Muchos mejicanos y varios españoles habian muerto en el camino por no encontrar nada con que poder sustentarse. El respetable sacerdote Fray Juan de Tecto, hombre de ejemplar virtud, que llegó con otros dos compañeros poco antes que los doce misioneros franciscanos, habia expirado tambien de hambre al pie de un árbol, rogando á Dios por los que aun tenian que cruzar nuevos desiertos y pantanos.

Cuando medito en los extraordinarios trabajos, hambres, miserias, sufrimientos, peligros y penosas marchas de los primeros españoles que pisaron las vastas regiones de la Nueva España; cuando les veo, acribillados de heridas, cruzar los desiertos pantanosos cubiertos de impenetrables bosques, teniendo por sustento la yerba de los campos, por lecho los peñascos, y por lujosa techumbre,

(1) «Vispera de Pascua de Resurreccion, á 15 dias del año de 1525».—Quinta carta de Cortés.

al pernoctar en los deshabitados campos, un humilde petate cubriendo la miserable choza de palos que levantaban de noche para descansar en ellas; cuando medito en todos esos horribles padecimientos y privaciones que se sucedieron unos á otros desde que pisaron las ardientes playas de Veracruz, hasta largos años despues, no puedo menos de encontrar injusta la pintura de los que los presentan sedientos de oro, enriquecidos con el codiciado metal sacado de las minas por los indios, y haciendo víctimas de su rapacidad á los habitantes de los pueblos. Casi todos los que militaron bajo las órdenes de Hernan Cortés y trabajaron sin descanso por espacio de diez años en formar una sola nacion de millares de pueblos que se hallaban en continua guerra, perecieron en las penosas marchas, en los combates, en la piedra de los sacrificios, de hambre y sed en los desiertos. Los pocos que sobrevivieron á las fatigas y miserias, vivieron pobres y en la oscuridad. El esforzado Bernal Diaz del Castillo, refiriendo la triste muerte de sus antiguos compañeros, y dando gracias á laProvidencia por haberle salvado de ser conducido al altar del sanguinario Huitzilopochtli, dice: «Somos vivos de los de Cortés, cinco, y estamos muy viejos y dolientes de enfermedades, y muy pobres y cargados de hijos, é hijas para casar y nietos, y con poca renta, y así pasamos nuestras vidas con trabajos y miserias» (1).

Francisco de Montaña, el atrevido caballero que des-

(1) «No somos vivos en toda la Nueva España de todos ellos (de los soldados que fueron con Cortés)... sino cinco; que todos los demás murieron en las guerras ya por mí dichas, en poder de indios, y fueron sacrificados á los ídolos... Y los sepulcros que me preguntan donde los tienen, digo que son los

cendió por el cráter del volcan de Popocatepetl, atado á una cuerda para coger el azufre que era urgentísimo porque se carecia de pólvora; ese intrépido caballero, cuya hazaña parece fabulosa, vivió en la mediocridad, y su hija no contó para subsistir, mas que con doscientos duros anuales que le pasaba el gobierno por los servicios prestados por su padre. No es esto querer presentar á los conquistadores ajenos al deseo de alcanzar riquezas. Pocos serán los hombres que no las codician, y ninguno habrá que al emprender un trabajo en que arriesga la vida ó expone lo que posee, no tenga por objeto aumentar su fortuna. El oro es un poderoso aliciente para el hombre; y en pleno siglo diez y nueve hemos visto despoblarse muchos puntos de Europa y de los Estados Unidos de América, para ir á la alta California, únicamente por la fama que adquirió de que en ella se encontraba con facilidad el oro. La codicia de los que de todas partes del mundo acudian sedientos del rico metal, arrojó á los hijos de la provincia del suelo en que nacieron, quitándoles las minas de oro que trabajaban, y los asesinatos y las injusticias que se cometieron al principio por los mas fuertes contra el débil, son negras páginas que no pueden leerse sin profunda pena. Nadie dejaria su patria, su familia, sus amigos, sus parientes, por pobre que fuese, si no abrigase la esperanza de mejorar de posicion en los

vientres de los indios, que les comieron las piernas y mustos, brazos y molledos, piés y manos; y lo demás, fueron sepultados sus vientos, que echaban á los tigres y sierpes y halcones que en aquel tiempo tenían por grandeza en casas fuertes; y aquellos fueron sus sepulcros y allí están sus blasones».—Bernal Diaz del Castillo, *Historia de la Conquista*.

remotos países que juzga favorables á su industria, su saber ó su trabajo. Pretender, pues, que los descubridores y conquistadores castellanos, se lanzasen á los ignotos mares y en busca de tierras completamente ocultas para el mundo, sin que al deseo de gloria y á las ideas religiosas y caballerescas se uniese el deseo de alcanzar riquezas, seria exigir de ellos virtudes superiores á las de los demás hombres.

El sincero y franco Bernal Diaz del Castillo, despues de pintar el fin terrible de casi todos sus compañeros de armas, sacrificados unos, comidos otros y víctimas del hambre muchos, y de decir «que sufrieron esas horribles muertes por servir á Dios y á su Majestad y dar luz á los que estaban en tinieblas», añade con su genial franqueza, «y tambien por haber riquezas, que todos los hombres comunmente venimos á buscar».

Ni como recompensa á sus terribles penalidades y trabajos, podian desear en aquellas apartadas regiones, en los primeros años, mas que oro, puesto que en ellas no habia ni ganado, ni trigo, ni esa variedad de semillas nutritivas y hortaliza que constituyen el principal alimento del hombre civilizado. Sin embargo, algunos de esos soldados que abandonaron su país, sus amigos y su familia, llenos de cautivadoras ilusiones, no pudiendo soportar las continuas penalidades que por donde quiera que iban encontraban, se salian de las filas del ejército, y prefiriendo la vida del indio á la que tenían, se quedaban entre los indígenas, quedando lejos de sus camaradas y de su patria (1).

(1) «Y en este pueblo (llamado por él Teyasal, en que dejaron el caballo)

Viendo Hernan Cortés la triste situación en que se encontraba la gente, envió á Bernal Diaz del Castillo, cuya actividad y celo le eran bien conocidos, á que procurase descubrir alguna aldea en que se hallasen algunas semillas. El valiente soldado cronista se puso en marcha inmediatamente, y despues de cruzar algunos rios y ciénagas, se encontró en unas estancias en que habia cuatro casas llenas de maíz y de alubia. La noticia del feliz hallazgo fué comunicada al general, diciéndole al mismo tiempo que enviase la gente que pudiese para llevar las provisiones. Mil guerreros del ejército mejicano y la mayor parte de los españoles acudieron al sitio en que les esperaba Bernal Diaz, y pronto se llevaron á la población todas las semillas necesarias para el ejército y los caballos.

Cinco dias permaneció la columna expedicionaria en Tenciz, descansando del largo y penoso viaje, curando sus enfermos y restaurando, con los sanos alimentos, sus perdidas fuerzas. Emprendida de nuevo la marcha, llegó á un sitio rodeado de rios y de ciénagas en que se ignoraba el rumbo que se debia seguir. Las continuas y espantosas lluvias habian convertido la campiña en un lago, y falto de guias el ejército, no sabia á dónde dirigirse. Hernan Cortés, sirviéndose de la aguja de marear, siguió el rumbo que le señalaba, y las penalidades se aumentaron al llegar á unas altas sierras, cuyos eleva-

se quedaron tres españoles que no se echaron menos hasta de ahí á tres dias; que mas querian quedar entre enemigos, que venir con tanto trabajo con nosotros.» — Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

dos peñascos se perdian en las nubes. Era imposible salir de este escabroso sitio sin guia que supiese el camino. La tropa se encontraba desalentada al ver que se caminaba á la ventura, sin saber el punto hácia dónde se marchaba, y el mismo Hernan Cortés se hallaba, como él dice, «casi sin esperanza, pues la brújula era allí inútil no teniendo guia» (1).

La Providencia deparó á los errantes expedicionarios, en aquellos angustiosos momentos, un muchacho indio, de quince años de edad, que cruzaba la montaña. Los soldados se apoderaron de él y lo presentaron al general. Fué tratado cariñosamente, y por medio de Marina se le suplicó que les sirviera de guia hasta el primer pueblo que encontrasen. Accedió gustoso el jóven, y al cabo de dos dias llegó el ejército á unas estancias de una provincia que el conquistador llama Taniha, desde las cuales, tomando otro guia, consiguieron alojarse en un pueblo del mismo nombre, que estaba á distancia de otras dos jornadas.

Aquí le dieron á Hernan Cortés lisonjeras noticias los nativos de la provincia. Contestando á las preguntas que les dirigió, le hicieron saber que habia una colonia de españoles, á distancia de dos dias de allí, en una villa llamada Nito, situada en la costa, de que el caudillo castellano tenia ya noticia. Los indios hicieron venir de-

(1) «Estando ya casi sin esperanza, por estar sin guia y porque de la aguja no nos podiamos aprovechar por estar metidos entre las mas espesas y bravas sierras que jamás se vieron, sin hallar camino que para ninguna parte saliese.» — Quinta carta de Cortés.

lante de Cortés algunas mujeres que habian estado en el mismo Nito cuando los castellanos habian tomado posesion de la villa.

No hay pluma que pueda describir la alegría que causó en el ejército la grata nueva dada por los indígenas. Veian los soldados y jefes cerca el término de sus largos padecimientos, y se olvidaron de éstos con el placer del bien próximo que esperaban (1).

Hernan Cortés mandó á su leal amigo Gonzalo de Sandoval que partiese á pié, con seis soldados, sin pérdida de momento, hácia la poblacion indicada, procurando no ser visto de los españoles que la habitaban. Ignoraba el general castellano si era gente de Cristóbal de Olid, ó de su pariente Francisco de las Casas, á quien, como vimos, habia enviado contra el rebelde cuando tuvo noticia de su deslealtad. Gonzalo de Sandoval llevaba orden de indagar el nombre del jefe que mandaba y de dar inmediatamente parte de todo á su general. Hernan Cortés se inclinaba á creer que fuese gente de su rebelde capitan, y trataba de sorprenderla, en caso de que realmente perteneciese á la division de Cristóbal de Olid.

Gonzalo de Sandoval partió con seis soldados y tres guias indios. Al llegar á la costa, entró con sus compañeros en una canoa en que acababan de llegar unos mercaderes indios, y valiéndose de los remeros de ella, marchó por la costa en direccion al sitio poblado por los españoles,

(1) «No podré significar á V. M. la mucha alegría que yo y los de mi compañía tuvimos con las nuevas que los naturales de Taniha nos dieron, por hallarnos ya tan cerca del fin de tan dudosa jornada como la que traíamos era.»  
—Quinta carta de Cortés.

pero procurando no ser visto de ellos. Despues de haber estado dos dias en acecho, vieron cruzar el rio una canoa con cuatro castellanos de la colonia, que se dirigian á un punto donde solian coger una fruta llamada zapote, que allí abundaba. Cuando Gonzalo de Sandoval les vió en tierra y subidos en los árboles, se dirigió hacia ellos á todo remo en la canoa. Los cuatro castellanos, al ver llegar gente compatriota, pero desconocida, quedaron absortos sin saber si huir ó quedarse. En el momento que bajaban de los árboles para meterse en la canoa, llegó Sandoval y les dijo que nada temiesen; que Hernan Cortés se hallaba á corta distancia, y que él habia sido enviado para informarse de lo que pasaba. La alegría sucedió al asombro de los cuatro españoles, y siguiendo á Sandoval, se presentaron al conquistador de Méjico.

Satisfactorias fueron las nuevas que le dieron, y que el general y sus soldados escucharon con indecible placer. Entonces supieron que habia sido castigado con la pena de muerte Cristóbal de Olid, y que Francisco de las Casas y Gil Gonzalez de Avila habian fundado varias poblaciones; que aquella á que se acercaban pertenecia al segundo, el cual, dejando uno de sus capitanes, haciendo sus veces, se habia marchado hácia Méjico, con objeto de pedir gente y armas al caudillo español. Respecto de Francisco de las Casas, dijeron que en el momento de haberse ejecutado la sentencia contra Cristóbal de Olid, habia despachado para Veracruz un bergantin, dando parte á su pariente Hernan Cortés de todo lo acontecido; que habiendo naufragado el buque, él mismo se puso en marcha hácia Méjico, dejando una fuerza en la ciudad de

Trujillo que habia fundado; que el camino que tomó fué por Guatemala; y que siguiendo así la costa opuesta á la que habia llevado el caudillo español, fué imposible que se encontrasen.

Indescriptible fué el placer que estas noticias causaron en los fatigados expedicionarios. No tenian que combatir contra rebeldes compatriotas: iban á llegar á una poblacion amiga, donde podrian descansar y hallarian término á sus padecimientos y necesidades.

El ejército, henchido de júbilo, se puso en camino hácia la poblacion española. Despues de caminar seis leguas por la costa, los expedicionarios llegaron al rio del Golfo Dulce, que comunica con el de Honduras. El ejército pasó en canoas la distancia que le separaba de la villa fundada por los colonos españoles, y poco despues entraba en ella. El asombro de los castellanos que la habitaban fué extraordinario, al ver entrar por las calles un ejército de compatriotas. La admiracion llegó al colmo y el regocijo á un punto imponderable, al saber que el general que iba á su frente era Hernan Cortés «que tan nombrado era, dice Bernal Diaz, en todas estas partes de las Indias y en Castilla» (1).

Las risueñas ilusiones que habian acariciado los expedicionarios, dando por terminados sus padecimientos, se desvanecieron instantáneamente, como una gota de agua desaparece al caer sobre el abrasado arenal de una playa.

(1) «Y como supieron que era Cortés, que tan nombrado era en todas estas partes de las Indias y de Castilla, no sabian qué se hacer de placer.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

Los desgraciados colonos de San Gil de Buena Vista, mas que séres vivientes, parecian espectros que acaban de abandonar la tumba. Eran sesenta hombres y veinte mujeres, entre ellas cuatro españolas, cuyos gastados trajes daban á conocer la horrible miseria en que vivian. No habia en la poblacion víveres ningunos. Sin comunicacion con nadie y rodeados por todas partes de pobladas provincias de indígenas, enfermos, faltos de armas y pocos en número, no podian alejarse á buscar provisiones por ninguna parte. Las calenturas habian debilitado sus fuerzas, y no teniendo otro alimento que la fruta llamada zapote, que la comian asada, y los pocos peces que pescaban en el rio, cada dia se encontraban mas imposibilitados de procurarse el sustento. «Los hallé tales», dice Hernan Cortés, «que era la mayor compasion del mundo de los ver, y de ver las alegrías que con mi venida hicieron, porque, demás de ser pocos y desarmados y sin caballos, estaban muy enfermos y llagados y muertos de hambre, porque se les acabaron los bastimentos que habian traído de las islas.»

Lejos, pues, de encontrar el ejército víveres en la poblacion, como habia esperado, se vió en la necesidad de buscarlos no solo para él, sino para sus cadavéricos compatriotas «dolientes y amarillos», como los pinta el soldado cronista. Envió, al efecto, al capitán Luis Marin, con ochenta soldados, llevando por guia á un indio de la isla de Cuba, perteneciente á la colonia, que sabia dónde se hallaban las aldeas de los indígenas. Conducidos por él, llegó la fuerza á unas estancias donde encontraron en notable abundancia, maíz, alubia y extensos cacahuetales.